

*Cada cual tiene su sombra*

El coche oficial en el que viajaba el presidente del gobierno español, el almirante Luis Carrero Blanco, saltó por los aires la mañana del 20 de diciembre de 1973 como consecuencia de la detonación de una carga de explosivos colocada por miembros de un comando de ETA en un túnel excavado debajo de la calle Claudio Coello de Madrid. Los momentos que siguieron a la detonación fueron de gran confusión, ya que el Dodge Dart de color negro en el que viajaba a diario el presidente para acudir a misa y a su trabajo no se localizó hasta más tarde, cuando unos jesuitas dieron el aviso de que el coche se encontraba en una terraza del patio interior del edificio de cinco plantas de la parroquia de San Francisco de Borja. Nadie advirtió tampoco —quizás quedara cubierta por los escombros— la línea roja vertical pintada en la pared del edificio opuesto al de los jesuitas para indicar la alineación del vehículo con la carga explosiva que fue detonada a distancia. El asesinato de Carrero Blanco dio al traste con los planes de sucesión del anciano general Francisco Franco, que apenas cinco meses antes había cedido el gobierno del país a su hombre de confianza, el que durante más de treinta años a su lado se ganara la reputación, incluso entre su gente, de ser «más franquista que Franco», su mano derecha que apenas veinticuatro horas antes del magnicidio recriminó a Henry Kissinger que su país no hiciera más para erradicar el surgimiento del marxismo en Latinoamérica.

...

El cráter y la voladura de Carrero Blanco, la inesperada proximidad y contundencia de la acción que derramó las lágrimas del dictador y cambió el rumbo de la transición política prevista por el régimen, se habrían financiado en parte con el dinero conseguido por ETA con el rescate de Felipe Huarte, secuestrado en su casa situada en la finca Villa Adriana, el domicilio de los Huarte en Pamplona, el 16 de enero de 1973. El empresario navarro fue liberado diez días más tarde en las intermediaciones de Irún después de que su familia hiciera efectivas las condiciones del rescate: el pago en París de cincuenta millones de pesetas en divisas y la aceptación del convenio colectivo y readmisión de los ciento cuarenta trabajadores despedidos de una empresa del Grupo Huarte, Torfinasa, en huelga desde hacía cuarenta y ocho días. Felipe Huarte era hijo de Félix Huarte, creador en la década de 1950 del gran grupo empresarial navarro a partir de la constructora Huarte y Cía. La lealtad de Félix Huarte al régimen explica, por ejemplo, que llevara a cabo las obras del monumento franquista del Valle de los Caídos, en cuya construcción trabajaron presos republicanos en condiciones de semiesclavitud, o que el gobierno de la Unión del Pueblo Navarro junto al Partido Popular le entregara el 3 de diciembre de 2014, a título póstumo, la Medalla de Oro de Navarra por su contribución al proceso de industrialización de esta comunidad foral.

...

Unas semanas después de la condecoración a Félix Huarte, el 22 de enero de 2015 se inauguró en Pamplona el Museo Universidad de Navarra, diseñado por el arquitecto Rafael Moneo especialmente para albergar, conservar y difundir el fondo fotográfico de la Universidad de Navarra y, sobre todo, un legado de cuarenta y seis obras de artistas como Pablo Picasso, Vasili Kandinski, Mark Rothko, Eduardo Chillida, Jorge Oteiza o Antoni Tàpies, donadas a la Universidad el año 2008 por María Josefa Huarte, hija de Félix Huarte, que junto a su hermano Juan fomentaron durante años el mecenazgo artístico. Ejemplo de ello son los Encuentros de arte de vanguardia del año 1972 en Pamplona, por los que recibieron fuertes críticas al considerarse que el patrocinio se hacía con el dinero que negaban a los trabajadores de sus empresas, a la vez que legitimaban el régimen franquista. Una de las obras más importantes de ese legado es el cuadro *L'esperit català* (1971), de Antoni Tàpies, que la coleccionista adquirió en París el verano de 1973. La obra, de 200 × 275 cm, es un manifiesto político del pintor realizado en las postrimerías del franquismo, cuando muchos colectivos luchaban para acabar con la dictadura que seguía reafirmandose con penas de muerte, consejos de guerra y toques de queda. El cuadro muestra cuatro barras rojas verticales sobre un fondo amarillo diseminado de trazos rojos pintados con los dedos de ambas manos y enunciados como *Dret al tiranicidi* o *Sobirania popular* inscritos desordenadamente, solapados con las palabras *Llibertat*, *Democràcia*, *Diàleg*, *Cultura*, *Informació*, *Veritat*...